



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 6 Febrero 1925

Núm. 619

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

¡La paternidad!

No sólo es una gloria, es también una responsabilidad inmensa.

No llena su función con sólo criar hijos y alimentarlos.

Tiene también que educarlos.

Educarlos para el bien y para el honor.

Esta es función suya que no puede delegar en nadie.

Puede entregarlos, siempre con las debidas garantías, a manos competentes para que los instruyan.

Hasta para que los vigilen y encauzen.

Pero esto no exime a los padres del deber de educarlos por sí mismos.

Aun con las máximas garantías

por parte de sus dependientes, no hay comerciante avisado que no revise los balances y la nota de existencias.

Aun con las máximas garantías por parte de sus obreros, no hay maestro de obras que no revise la labor de cada día.

Aun con las máximas garantías por parte de aquellos a quienes entregó sus hijos para su instrucción, no puede, no debe haber padre que no siga muy de cerca el curso de su educación.

No sólo esto: que no influya también en su educación.

Y no sólo con sus ejemplos: también con sus instrucciones, con sus vigilancias, con el peso de su autoridad.

Y así, muy de cerca.

Sorprendiendo sus inclinaciones.

Atisbando sus debilidades.

Inspirándole el culto del bien y del honor.

Ayudándole para que en las horas de tentación no sucumba.

Y en las horas de lucha no ceda. Y en las horas de incertidumbre no pierda la serenidad.

¡Cómo se conocen los jóvenes educados bajo la sabia y amorosa vigilancia de sus padres!

Llevan más lastre dentro de sí, y fluctúan menos, y sucumben menos.

Y aun los que llegan a sucumbir, se levantan más pronto y con más firme resolución.

Las corrientes de la vida actual no van por ahí.

Tal vez sea este el mayor de los males que nos han traído las nuevas costumbres.

Han desorganizado la familia.

¡Cuántas casas no parecen sino restorans en donde se come y lugar de refugio para dormir!

Y en esta desorganización, los hi-

jos son los que sufren los mayores males.

Son pollos arrancados a su clueca para vivir en corral extraño.

Si son pobres, en la calle.

Si son ricos, en colegios, pero lejos de la vista de sus padres.

Así se va perdiendo aquel culto al hogar que hizo fuertes a las generaciones pasadas.

Se amaba la casa solariega.

Y las costumbres que en ella habíanse practicado desde largos siglos.

Y la fe y el honor que la habían llenado de gloria.

No era sólo el nombre lo que se amaba; era todo ese mundo de sacrificios y de trabajos, de religiosidad y de honor que habían hecho de aquel hogar un santuario.

Hoy se ama el nombre, si es ilustre.

Pero se ama más el negocio y el lucro, la vida libre y el placer.

¡Es así la vida actual!, se dice.

Si, es así; pero porque la hacemos así.

Podía ser, y debería ser de otra manera.

¡Y cuánto ganaríamos con ello!

Los hogares honrados y fuertes crean a las familias fuertes.

Y las familias fuertes crean a los pueblos fuertes.

Pero esos hogares fuertes y honrados no los pueden formar más que las almas robustas que a la sombra de un hogar, también robusto, aprendieran a vivir la vida de la fe, de la justicia y del honor.

¡Si los padres se dieran cuenta de su función!

¡Y sintieran el peso de su responsabilidad!

Pero tal se muestran muchísimos de ellos, que no parece se den cuenta ni de la una, ni de la otra.

M. DE SANTA CATALINA.

UN SUEÑO DE NIÑA

III

Acostadita en su cama,
durmiendo con santa paz,
¡cuán hermosa está la niña
con tan hermoso soñar,
soñando tener en brazos
aquel Niño celestial
con sus mejillas de rosas
y sus labios de coral,
derramando más dulzuras
que las mieles de un panal!
¡Cuán bendito era aquel Niño!
¡Cuán sabroso de besar!
¡Cómo pensaba cuidarlo
con cariño y con afán!
Las telas del corazón
las pondría por pañal.

IV

¡Qué poco dura la dicha!
Es como estrella fugaz
que corre, desaparece,
se esconde en la inmensidad.
Es la dicha un momentito
que tenemos de soñar.
Siempre viene algún enredo
que nos hace despertar.

Fué aquí el Angel de la Guarda
el que lo vino a enredar.
Cogió al Niño y lo llevó
a su cuna celestial.

La niña se despertó,
se puso amarga a llorar.
Lagrimitas le cayeron,
no encima del delantal,
sino en las telas del pecho,
las que quería sacar
para envolver al Chiquito
como en un propio pañal.

V

A la mañana siguiente
de la noche del soñar,
érase la vez primera
que había de comulgar.
¡Cuán contenta iba la Niña
caminito del altar
con el Angel de la Guarda
que la quiso acompañar!
La Virgen Nuestra Señora
su Niño le quiso dar.
Vió a su Niño con la Niña
y echóse dulce a llorar.
Lagrimitas como perlas
cayeron al delantal.

CARLOS MOLINOS.



TRIBUNAL BARATO

—¿Siñor?
—¿Qué quieres, Macario?
—¿Qué *usté* que *charremos* un rato?

—No tengo inconveniente. Ya sé que contigo es perder el tiempo; pero, supuesto que hoy no tengo ninguna ocupación urgente, hablaremos de lo que tú quieras. Aunque, repito, que hablar contigo es perder el tiempo.

—Vaya, todo sea por Dios, ¿trágnada tenemos?

—¿Por qué dices eso?

—Porque veo que se está formando una nube mala, de esas que llevan piedra. Por lo visto hoy está *tamién* de mala.

—¿En qué te fundas?

—Hombre, llevo yo con muchos modos y bastante *ducación*, a mi *paicer*; le digo que, si *quié* que hablemos, y de buenas a primeras, me sale *usté* con que hablar con un servidor es perder el tiempo.

—No he dicho más que la verdad.

—Mire, al *velo* de ese modo ya me volvería atrás, porque cuando se pone *usté* así, me echo a temblar y

no acierto a decir nada, como si no estuviera en mi casa.

—¿Acaso esta casa es tuya?

—Hombre, aquí vivo, aquí duermo, aquí como, digámoslo así...

—¿Qué es eso de digámoslo así?

—Digo, digámoslo así, porque *hi* dicho que, aquí como, y mejor que yo sabe *usté* lo que aquí comemos: *pa* tener los ojos abiertos y nada más ¡ay! y nada más. Pero esto ya no tiene remedio. Por eso digo, que estoy aquí, como si no estuviera en mi casa; no tengo *libertá*, ni aun *pa* venir a *usté* y *decile* mis penas.

—Anda, vomita lo que llevas dentro, ¿qué comida te ha hecho mal?

—¿Comida? ¿A qué llama *usté* comida? No sé de qué moriremos, *siñor*; sólo sé que aquí no moriremos de indigestión. Si no hubiera más enfermedades que esa, no *nus* moriríamos nunca.

—Bueno, dí lo que te ocurre.

—*Siñor*, me da mucha vergüenza y, como estoy tan débil, no sé si *m'atreveré*.

—Ya estás perdiendo el tiempo, venga sin rodeos.

—¿*Quié* *usté* que vaya *pol* atajo?

—Sí, cuanto antes.

—Es que se trata de un compromiso que *hi* tenido.

—Sea lo que quiera, habla.

—Ha venido a *hablame* Pedro José, el que vende fideos en la calle del *Abismo*.

—Bueno ¿y qué?

—Que es un mozo que no le *puó* negar nada.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Mire, su padre y mi padre se trataban como si *fuán* *maños*.

—Pero, ¿qué ha dicho?

—*Aspere* un poco. Siempre iban juntos. A misa, juntos; a *roldar*, juntos; de juerga, juntos; a *emborrachase*, Dios me perdone, juntos; a todo, juntos; siempre juntos.

—Bueno ¿y qué?

—Que me dijo que *nusotros* *tamién* teníamos que ir juntos a todo, menos a *soldaus*, que yo, cuando dijo que iríamos juntos con las armas al hombro, me eché *pa* *trás* una *miaja*. Pero me dijo que habíamos *tamién* *dir* juntos...; mire, aquí es lo que me da más vergüenza...; y me sabe malo, porque la madre de Pedro José y la mía, como *mañas*, siempre juntas. A misa, juntas; al horno, juntas; a...

—Bueno, a todo juntas. ¿Qué?

—Me da mucha vergüenza; dice que, desde el cielo, se alegrarán de *venus* ir a todo juntos.

—¿A emborracharos también?

—No *siñor*, pero aun me da más vergüenza que si fuera a *emborrachanus*. Ya, cuando éramos jóvenes ibamos, en el pueblo, a todo juntos. A misa, juntos; a *roldar*, juntos; de juerga, juntos; a *emborrachanus*, bueno, yo sólo una *miaja*, él las cogía *güenas*; pero, *quié* *icise*, que siempre, a todo juntos. Y se ha *empeñao* en que *lacompañe*, *pa* ir juntos, que le da vergüenza ir solo; pero... más vergüenza me da a mí el *diciselo* a *usté*.

—Qué, ¿es alguna cosa mala, o qué?

—Hombre, mala, mala, según como se tome; *quié* *icise* que no es una cosa tan mala que *nus* vayan a llevar a presidio, ni mucho menos; eso es, ni mucho menos. Pero que, como en el pueblo ibamos a todo juntos, pues aquí *paice* que *tamién* *nus* hace gozo.

—¡Ay, ay, ay!; hay muchas cosas que son malas y por las cuales no llevan a nadie a presidio. Dí lo que es y yo te diré, si puedes ir o no.

—Pues, hombre, adivínelo *usté*, que ya se lo *pué* pensar, basta el tiempo en que estamos.

—No caigo, chico, haz el favor de hablar claro.

—Pero, me va *usté* a sofocar. ¿No estamos ya casi en Carnaval?

—Sí.

—¿Y en Carnaval no se disfraza la gente y se viste de máscara?

—Sí; ¡la gente, la gente, la gente sin sustancia!

—¿Y no hay, por ahí, la mar de bailes?

—También.

—Pues *güeno*, ya está dicho todo, y bien claro, con sus nombres y apellidos.

—Sigo no entendiendo, Macario.

—Pues, mire, ya estoy *sofocao*, no sé qué más *quié* *usté* que le diga; no sé más.

—Oye, ¿pero es que tú quieres, a tus años, hacer también carnaval, disfrazarte e ir al baile?

—¿Es pecao?

—No es ninguna virtud; es algo vergonzoso, impropio de un cristiano y no me hables de eso.

—Como en el pueblo íbamos a todo juntos.

—Es decir que, ciertos son los toros; por lo visto quieres disfrazarte, pasar unos días de juerga y hasta ir al baile.

—¿Me condeno?

—Es el peor camino para ir al cielo; por ese camino se va al abismo.

—¿Y si lo llevo con paciencia?

—¿Qué paciencia, ni qué diablos! Dios es el que ha de tener paciencia contigo.

—Pero güeno, supongamos que yo me condeno, no *quía* Dios; ¿*usté* qué pierde? ¿Es que le van a subir, por eso, la contribución, u el inquilinato?

—Nada, hijo, nada; yo no pierdo nada; tú eres el que lo pierdes todo. Yo, a decir verdad, no pierdo más que a ti; porque después de eso, no creo que vayas a tener la poca vergüenza de presentarte delante de mí. Aparte de que ¡habrá que ver la figurica que harás, bailando y dando saltos, como un pájaro bobo, al son que te toquen, si es que sabes llevar el compás! Pero ¿es posible que tú hayas bailado alguna vez?

—Cuando se casó mi *maño*; que, en vez de *tirase* al río, va y se casa con una mujer que es una fiera. Crea *usté*, que si yo sé lo mal que *s'había* de portar esa mujer con mí, no bailo; *m'hubía* estao en un rincón, llorando a lágrima viva. Pero yo ví, muchas veces, bailar a mi pobrecico padre y mi padre era *güeno*, no había más que pedir. Cuando el cura le decía: ¿por qué bailas? Mi padre contestaba: David bailó.—Baila, le contestaba el *ññor* cura, como bailó David y no te diré nada. Por lo visto, ese David bailaba majamente y mi pobrecico padre bailaba, como yo, poco más o menos. Y le digo que David, que era santo, bailaba, *pué* que fuera *pa* los carnavales *tamién*. Con que yo, que no soy tan santo como David, al menos a mí me *paice* que no soy tan santo, u es que yo soy *mu* humilde y me *paice* que soy el *pior* de todos, digo que, aunque yo baile, otros han *bailao* antes y nadie les ha dicho nada.

—Mira, Macario, hijo mío; ha habido en el mundo quien ha bailado frente a Dios, o sea, dando la cara a Dios. Y han sido los hombres que han vivido dentro de Dios, como el azúcar dentro del agua. Pones azúcar en un vaso de agua y, al punto, el azúcar queda totalmente saturado del agua que le rodea. Pones a un hombre dentro de Dios y, al poco tiempo, este hombre está totalmente saturado de Dios que lo envuelve por todas las partes. Y como Dios es el manatí de la dulzura, de la alegría, de la luz, del calor y de la Vida; al hombre que está dentro de Dios le satura también de esa misma dulzura, luz, calor y dicha de Dios, como el azúcar y la miel saturan al agua con su dulzura. Y, cuando un hombre se siente saturado de tanta dulzura y calor, dicha dulzura y calor le dominan y provocan en él como una

divina embriaguez que le ponen como fuera de sí, porque la embriaguez es superior a él; y salta, y canta como si estuviera loco, con esa locura santa que empuja al hombre hacia las grandes cosas, hacia lo extraordinario, y que se parece a la locura únicamente en que lo que se hace en ese estado está fuera de lo corriente, aunque dentro de lo divino. En ese estado, se puede bailar, es lícito bailar, aun más, no puede hacerse otra cosa que bailar; la abundancia de la Vida divina empuja a ello. Eso es bailar cara Dios. En el rezo divino de la Iglesia que se canta para alabar a Dios y a sus santos, hay muchos himnos que, cuando se rezan con fervor, se sienten estímulos de bailarlos, con un ritmo tan dulce y divino, que uno llega a comprender cómo el baile puede ser el preludio de los éxtasis más elevados. Y en pueblos muy cristianos se explica cómo han podido pasar, aunque a distancia, estos bailes, del coro a la plaza. Así se sabe de pueblos que han bailado, con una decencia tal, que los instintos bajos y groseros se han mantenido quietos y apagados, ante el soplo poderoso del Espíritu Santo que enciende en dichos pueblos la llama de la Vida divina, de la cual todos participan. El baile de los *Séises* de Sevilla ha debido tener un origen racional, en algo de esa enajenación piadosa que convierte las almas en verdaderos juguetes de Dios. Pero, fuera de estos casos, el baile es malo, óyelo bien, es malo; pues provoca en la criatura que baila, no cara Dios, sino cara otra criatura, una embriaguez, al revés de las embriagueces divinas. Embriaguez que es peor, mucho peor, que las embriagueces de vino; pues, si la embriaguez divina eleva y acerca a Dios estas otras embriagueces degradan, arrastran la criatura por el barro y dejan en el alma un sedimento pernicioso, pues hacen del hombre un bruto, un caballo que relincha, por cuya pendiente baja el hombre despeñado, en esta obra de ruina y descalabro inminentes. Por eso, cuando se sale de la embriaguez divina, sale uno alegre, jovial, porque ha ganado, se siente uno enriquecido; así como, cuando sale uno de la borrachera que provocan los bailes, cara las criaturas, se sale triste, quebrantado, deshecho, como aquel que vuelve de la casa de juego, en donde lo ha perdido todo. Y es que el hombre ha sido creado con vistas al ángel, con rumbo hacia Dios, y el baile licencioso turca esa tendencia, vira en redondo y le da rumbo hacia la bestia. Por eso, el baile carnal provoca tales trastornos en el hombre, porque provoca en él una revolución radical, pues cambia los rumbos de su vida. El que había sido creado para subir, baja despeñado; la cabeza que estaba llamada a moverse sobre las nubes, se hunde miserablemente en el fango; la nave que marcha majestuosa hacia las luces del oriente, retrocede ignominiosamente hacia los tenebrosidades del ocaso.

—Mire, *ññor*, no se canse, yo no voy al baile; esté tranquilo y no se disguste.

—Además, hijo mío, son días de luto para nosotros.

—Ya sé lo que me va *usté* a decir, que *s'ha* muerto "La Mendiga".

—Sí, hijo mío, sí; después de tantos cuidados como se han tenido con ella, ha sucumbido. Hace ya mucho tiempo que ese jilguero no cantaba en los jardines de El Eco. Dios había roto la lira en sus manos y había llevado nubes a su cabeza.

Nadie, hijo mío, hubiera sospechado que, en aquel matorral, de apariencias duras y agrestes, brotaba una fuente de aguas tan rientes y tan cristalinas. Ni ella misma; porque ella cantó maravillosamente, pero como el ruiseñor, que ni él mismo sabe lo que canta.

Diríamos que "La Mendiga" cantaba de oído.

Si hubiera cultivado la literatura, estoy cierto que hubiera sido una gloria de España.

Ella fué dura y agreste; pero, entre las grietas de la roca, crecieron flores muy perfumadas que tardarán en marchitarse.

Doy fe, pues fuí su notario.

Lectores, rogad por ella.

EL MAGO.

Ecos del Sagrario

¿Sientes repugnancia para la oración!

Es una vergüenza inalicable.

Seamos indulgentes con nosotros mismos y digamos: es una miseria que a todos nos alcanza en ocasiones.

Porque, pensémoslo bien, orar es comunicar con Dios.

Y si El ha depositado gérmenes de tanta dicha en nuestros afectos humanos, ¿serán menos fecundos los que depositó en nuestras comunicaciones con El?

Pidámosle con toda el alma que nos libre de tan grande miseria.

Sobre todo nosotros que comulgamos todos los días.

¿Un hombro amigo en que poder apoyarse!

¿Y un corazón amigo en que poder descansar!

¿Y una mano amiga que ayude a no caer!

Ni un día me retiro del altar sin haber gustado que allí está ese hombre amigo, y ese corazón amigo, y esa mano amiga.

¿Si todas las almas supieran esto! No habría una que dejara de comulgar diariamente.

¿Que soy polvo!

Menos que polvo.

Del regazo suyo brotan las flores.

De sus entrañas sacamos el pan que nos alimenta y el oro que tanto nos seduce.

¿De nosotros!... corrupción, gusanos, polvo después.

Pero Cristo nos toca y nos transforma.

¿Qué somos después de comulgar? Como otros dioses.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

Educación

I

—Tengo un hijo, señor Cura, que es un portento. El, con diez y seis años, ya sabe leer, escribir, cuentas... las que usted quiera. Sabe francés, porque lo ha aprendido en un instituto *ad hoc*, baile... no digamos; todas las muchachas se lo disputan; en fin, él monta en bicicleta, en moto con y sin side-car, hace un *goal* mejor que cualquiera; en una palabra, pocos jóvenes de su edad habrá tan aventajados como el mío, en todo...

—¿También en catecismo?

—Eso, señor Cura, y dispense, es una antigualla. Ya pocos creen en eso del catecismo. ¿Sabe usted por qué? Pues porque ya se considera como poco instruido el que estudia el catecismo.

—Entonces, ¿tampoco se confesará?

—No, señor. Eso se queda para los *beatos*; para los que no tienen nada que hacer; sobre todo, para los que van a molestar al Cura, se confiesan, comulgan y son peores que los otros.

—Y, ¿en qué te fundas?

—Pues, muy sencillo: esos van a confesar, dicen lo que quieren, no se arrepienten y son peores que nosotros. Porque nosotros, los que estamos en pueblo, ¿qué pecados cometemos?

—Muchos y muy graves.

—Diga usted esos muchos y muy graves.

—En primer lugar, no cumplís con lo que manda la Santa Madre Iglesia: "confesar, a lo menos, una vez". ¿Qué creéis vosotros, que no sé por qué no os confesáis? Unos, porque creéis, sin fundamento, que el confesor va a decir vuestros pecados, siendo así que aun en estado anormal, estando locos, nunca han faltado los sacerdotes en el sigilo sacramental. Otros, porque, tal vez, tengan bienes mal adquiridos, y no tengan voluntad verdadera de restituirlos; algunos, por dar complacencia a sus apetitos groseros y, finalmente, porque no tienen tiempo para eso, y, sin embargo, lo consumen en las tabernas, en las cloacas de perdición, murmurando del orden establecido y arrimando, cada cual, el ascua a su sardina. ¿No es así?

—Así es, en efecto; pero, ¿qué quiere usted? El mundo es así. Además, hay que dar a la juventud lo que es suyo.

—Y ¿qué es lo suyo para la juventud? ¿Usted cree que lo suyo es irse de picos pardos, desobedecer a sus padres y superiores, en una palabra, no hacer nada de lo que debe? No, hijo mío, no, no es eso; lo suyo es hacer lo que debe, asistir a Misa, saber el catecismo; es decir, es ser buen cristiano y buen ciudadano.

—Veo que no nos entendemos.

—Algún día vendrá usted convencido y nos entenderemos, tal vez cuando sea tarde.

II

—¿Sabe usted, señor Cura, que mi hijo es un botarate de siete suelas? ¿Pues no se ha obstinado en casarse contra mi voluntad?

—Es que usted no puede prohibirle que se case. Si tiene todas las condiciones canónicas y legales, puede casarse; únicamente, si es mayor de edad, usted podrá darle un consejo, pero no oponerse abiertamente. Y, sobre todo, ¿en qué funda usted su negativa?

—La fundo en que la mujer que ha escogido no es de su igual; tiene muy poco dinero, su posición es muy desventajosa. ¿Cómo quiere usted comparar a mi hijo con ella, hija de un pelagatos? Por otra parte, es de las que son más *beatas* en el pueblo, y a mí esa gente me revienta.

—Ese es el mal de nuestra sociedad. Hoy no se busca honradez, hombría de bien, sino el dinero, como si él constituyera la felicidad. ¡Desgraciados! Hagan lo que quieran, el dinero será siempre un factor en este mundo para medrar, pero un cero a la izquierda en la felicidad doméstica, conyugal y en orden a la eternidad. Allá usted.

III

Lectores míos: el joven de nuestro cuento se ha casado con una mujer pendenciera, enemiga de la Iglesia, formada e instruida a la moderna, frívola, inútil para su esposo y para su casa; una carga insoportable, una rémora para la felicidad. Consiguió el padre su objeto, y hoy, descorazonado, se queja de su mala suerte, cuando debía quejarse de la mala educación dada a su hijo, pues, en castigo, éste le ha arrojado de su casa, dándole como única razón la siguiente: Que ya que no había sabido educarle como correspondía, le despreciaba, porque al fin había reconocido que, contra las intenciones del padre, él tenía un alma que salvar, y, por no seguir el maléfico ejemplo de los malos, se acogía a la Religión Agustiniana, por no querer suicidarse, como le habían aconsejado, pues quería salvarse para siempre. Aprendan todos, en este ejemplo, y procuran, con toda su buena voluntad, educar a sus hijos cristianamente.

Noticias

Con la solemnidad acostumbrada se trasladó, desde su Ermita a la Parroquia, el día primero de año, la imagen de nuestra patrona la Virgen de la Paz, y con solemnidad inusitada se han celebrado este año las fiestas el 24, 25 y 26 de Enero, amenizando las fiestas la brillante banda del

Regimiento de Wad-Ras, y la capilla dirigida magistralmente por D. Ramón Tinao, haciendo ambas verdadero alarde de su pericia e ilustración musical.

El día 4 de Enero se inauguró y se bendijo el nuevo campo de Foot-ball. Se jugó un reñido partido entre los equipos del vecino pueblo de Fuenarral y el de esta villa, reinando la mayor armonía. Se le tituló Campo de la Paz, siendo madrina la simpática señorita Consuelito Trobo. Que sea enhorabuena.

Hace un año que está funcionando en esta villa la estación radiotelegráfica, que es la central receptora de España, al frente de la cual están señores tan prestigiosos como D. Manuel Serrano, encargado, y D. César Sánchez, D. Constantino Fernández, D. Rafael y D. Fernando Burguete. Esto demuestra que nuestro pueblo va haciéndose cada vez más importante.

El 2 del actual Febrero se celebró solemnemente, como en años anteriores, el día de la Purificación. El señor Cura Párroco repartió las candelas y, a la terminación de la Misa, repartió las acostumbradas tortas, quedando todos satisfechos de la fiesta, de las candelas y de las tortas.

Con un tiempo excelente, temperatura agradable y concurrencia inusitada, han tenido lugar este año las funciones dedicadas a nuestra excelsa patrona, la Virgen de la Paz. La capilla, dirigida por el señor Tinao, resultó como esperábamos, haciendo verdadero derroche de gusto artístico y religioso, y la banda de Wad-Ras admirablemente bien. Todo resultó como se merece nuestra Virgen y nuestro pueblo. Nuestra más entusiasta enhorabuena a todos, especialmente a la Comisión de priostes, que tanto se ha esforzado por dar brillantez a las fiestas de este año.

COLMOS

¿Cuál es el colmo de un cura?
Estar enfermo de gravedad y no tener *cura*.

¿Cuánto pesa la luna?
Una libra, porque tiene cuatro cuartos.

¿Qué hacen seis gorriones en un tejado?
Media docena.

¿Cuál es la cerveza más barata?
La de la Cruz del Campo, porque como es cruz no es cara.

Si a un individuo le coge el tranvía y le arrastra algún trecho, ¿qué dirá?

No me arrastres más, que no tengo triunfo.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza